

La vida: sacramento de Dios presente

Melinda Roper, M.M.
Vicariato de Darién, Panamá.

Nuestra capacidad de vivir con un espíritu de sacramento nos lanza a las galaxias y a los universos. A la vez nos acoge en el abrazo de los aires, las aguas, los colores y los cantares de nuestra tierra sagrada.

Nuestra capacidad de maravillarse, de cuestionar, de estudiar, de aprender, de fabricar, de producir y de organizarnos nos lleva a la reflexión y a la contemplación *frente al misterio de lo que llamamos la vida.*

Ante el recién nacido, la experiencia de ser amada y de amar, el sufrimiento de los inocentes, la crueldad de los torturadores, la persona y la comunidad humana nos encontramos *dentro del misterio del vivir.*

Todo lo que comparto hoy está pensado, vivido y hablado desde la fe. Entiendo por fe una energía dentro de nosotros, que nos empuja a buscar cómo vivir, en quién confiar, cómo amar y cómo morir. La palabra “fe” no tiene una forma verbal como amar, odiar, comer..., en mi experiencia, el verbo de la fe es el hecho mismo de nuestro vivir.

En la vivencia de nuestra fe, la experiencia de sacramento es fundamental. Sacramento es el lugar de la experiencia donde los dualismos y las contradicciones se integran. Dicho de otra manera, donde el pensar y el actuar, el espíritu y la materia se encuentran; donde superior e inferior, ganar y perder, bueno y malo, dominación y sumisión, lo conocido y lo desconocido se funden, donde la vida y la muerte se transforman en abundancia.

El legado de los mártires es para mí la vida y la vida misma es el sacramento de Dios. De Dios presente. Los invito, entonces, a cuatro reflexiones sobre *cómo vivir con un espíritu de sacramento*, donde nos encontramos con el Dios de la vida según Jesús.

1. Vivir con un espíritu de sacramento es compromiso con lo desconocido en lo conocido

Vivir con un espíritu de sacramento es *comprometernos* con lo desconocido dentro de lo conocido. Es confiar en los frutos, sembrando la semilla. Una de las maravillas que la comunidad humana del siglo XXI ha heredado es la seguridad de que lo que sabemos y conocemos es muchísimo menos de lo que no sabemos y no conocemos. Desde la física cuántica hasta la microbiología, la biología evolutiva y la neurociencia cognitiva, sabemos que estamos en un universo en expansión continua, donde todo está interrelacionándose y conectándose. La verdad es dinámica y se expande constantemente. Como dice la hermana Iliá Delio, OSF: “Un universo dinámico provoca la idea y el entendimiento de que Dios es dinámico. Este no es un Dios estático, sino profundamente inmerso en una relación de amor con la amada, la creación que fluye desde de su corazón” (*Renewing the Conversation Between Faith and Science*, 2014).

En 1984, el Juan Pablo II embarcó al Vaticano en un proceso que culminó con la declaración de 1992. En ella, admite que la Iglesia se había equivocado al condenar a Galileo. Y agrega que, para evitar cometer esa clase de errores en el futuro, era necesario no una “tregua” entre el mundo de la ciencia y la fe, sino enfrentar los descubrimientos de las ciencias naturales con imaginación filosófica y teológica.

No solo en el mundo académico han surgido nuevas ciencias y dinámicas educativas. En las últimas décadas del siglo pasado surgieron movimientos de aprendizaje comunitario en América Latina, como la educación popular, el arte popular, el teatro popular y la lectura popular de la Biblia, todos ellos con una lógica y una práctica dinámica, imaginativa y creativa, enraizadas en el vivir del pueblo.

Desde este vivir del pueblo y desde la vivencia de la fe surge una nueva experiencia del Dios presente. Si el mundo del conocimiento humano está creciendo y la aventura de la exploración de nuevas fronteras científicas nos lleva a nuevas verdades, me parece que la tarea teológica también se ha insertado en esa aventura de situar y articular las nuevas verdades y experiencias humanas dentro del Dios presente y dinámico. Hacer teología desde el vivir del pueblo y en la tradición y el Espíritu de Jesús transforma nuestro pensar y nos libera para comprometernos, aun sin saber todas las respuestas, ni sus consecuencias. Considero que la teología es dinámica. Nos ayuda a comprender cómo Dios está presente.

Aunque nunca he sido agricultora, he vivido la mayor parte de mi vida entre familias de México, Centroamérica y Panamá, dedicadas a cultivar la tierra y, por lo tanto, existencialmente dependientes, día a día, de la cosecha. La vida del agricultor consiste en trabajar duro, convivir con el ritmo de la naturaleza, asumir el riesgo de plagas, sequías, inundaciones, cambio climático y de las políticas

económicas imperantes. A pesar de todo, y con todo, el agricultor siembra confiado de los frutos que vendrán. La familia campesina nos enseña que vivir con un espíritu de sacramento es un *proceso* de compromiso y confianza. En este proceso de sembrar con confianza, se ha popularizado una descripción de Dios que, para mí, es muy certera: Dios de la Vida.

Contrario a este proceso y al Dios de la Vida, observo la tendencia de las religiones que le dicen a dios cómo tiene que ser, dónde puede estar, cuáles son sus gustos, a quién aceptar y a quién rechazar. El dios de las instituciones es un dios estático, que exige un compromiso rígido y aburrido, y que ofrece una seguridad falsa. Quizás esto sea resultado del intento de institucionalizar la misma presencia de Dios. Esta tendencia fue experimentada por Jesús en su conflicto con las autoridades y la práctica religiosa de su tiempo. Después de la destrucción de Jerusalén, en el año 70, desaparecen el templo, el altar y el sacerdocio, pero la vivencia de la fe sigue hasta el día de hoy.

Y eso es lo que hoy estamos celebrando: la vida de personas que amaban la vida. Eran dinámicas y comprendieron que su compromiso con el Dios de la vida y con la vida del pueblo no era estático, sino creativo y arriesgado. Hoy recordamos a los y las mártires con gratitud, como sacramentos del Dios de la vida.

2. Vivir con un espíritu de sacramento es comprender desde el perdón

Vivir con espíritu de sacramento es *comprender* los problemas y los conflictos individuales y sociales desde el perdón. Los descubrimientos de la ciencia del siglo pasado y del presente nos están proporcionando un nuevo marco y una nueva lógica para entender nuestra historia y soñar nuevas oportunidades de crear un futuro diferente.

Albert Einstein piensa que no se puede resolver un problema en el mismo nivel donde se creó. Por ejemplo, más armas no traen la paz, más cárceles no reducen el crimen, más información no nos hace más sabios. También dijo que quizás era tiempo de resolver nuestros problemas con una nueva manera de pensar (B. Lipton y S. Bhaerman, *Spontaneous Evolution*).

Cuando recuerdo los años de 1970 y 1980, entre el revivir y el olvidar, siempre me quedan el dolor y la esperanza, inquietudes e interrogantes: ¿de dónde viene la crueldad? ¿Por qué las familias y el pueblo se dividen, por qué cada uno piensa tener la razón? ¿De dónde brotan la esperanza y la grandeza de corazón para perdonar y seguir adelante buscando la vida con dignidad? ¿Dónde y cómo están los que fueron concebidos, nacieron y crecieron durante la guerra? ¿Cómo nos podemos organizar para el bienestar y para el bien común? ¿Cómo medir la destrucción de la vida no solamente de la comunidad humana, sino también de toda la comunidad de vida? ¿Cómo vivir de una manera segura y sostenible?

Ciertamente, tal como dijera de manera inspiradora el poeta Rilke, hay que vivir las preguntas hoy y quizás algún día viviremos las respuestas. Ya han pasado treinta y cinco años desde... ¿Qué respuestas vivimos y cuáles son las nuevas preguntas?

Antes de intentar formular al menos una de las preguntas, me permito repasar algunos descubrimientos de la neurociencia cognitiva. El 95 por ciento de nuestras decisiones, acciones, emociones y comportamientos proceden del subconsciente, el cual queda programado, básicamente, entre la concepción y los seis años. Nuestras percepciones y experiencias de ese periodo constituyen la base de nuestras creencias y percepciones de la vida. Toda esta programación ocurre antes del desarrollo de nuestra capacidad de pensar críticamente.

El 5 por ciento restante, la conciencia, es responsable de nuestras decisiones, acciones, emociones y comportamientos, que proceden de la posibilidad de conocernos a nosotros mismos, de reflexionar y de anticipar, a veces, las consecuencias de nuestras decisiones. Un ejemplo de los muchos existentes en ámbitos muy diversos, es el automóvil. El primer motor de gasolina fue fabricado en 1885 con la idea de mejorar el transporte y, por lo tanto, la vida. Y así pasó, aparentemente. Pero sus inventores, que solucionaron los problemas del momento, no tenían ni idea de los daños causados al medio ambiente por esos motores que queman derivados del petróleo, tal como nosotros lo sabemos hoy en día.

El cambio climático, la competencia por la velocidad y el lujo y los efectos económicos no solo han cambiado la vida humana, sino también la del planeta Tierra mismo. En Estados Unidos han muerto 3,551,332 personas a causa de accidentes automovilísticos, entre 1899 y 2012. ¿Cómo me gustaría vivir sin automóvil, pero eso sería muy difícil! Espero que la masificación de las alternativas al petróleo para la energía vehicular no demore demasiado.

En otro plano, comparto con muchas personas la inquietud causada por las consecuencias sociales, psicológicas y ecológicas de la tecnología digital, que se ha popularizado rápidamente. ¿Se acuerdan lo que era la vida antes del celular, la computadora y la televisión? Donde yo vivo, hace treinta años ni siquiera había energía eléctrica. Ahora no puedo vivir sin mi celular e Internet. ¿Cómo será la vida cuando nuestra mente consciente amplíe ese 5 por ciento y funcione al 10, 20 o 30 por ciento?

Una de mis preguntas vitales tiene que ver con Jesús, que enseñaba de muchas maneras y con frecuencia sobre el perdón y el amor al enemigo (Lc 6, 27-30). Esas enseñanzas culminan en la cruz cuando, refiriéndose a sus asesinos, le dice a Dios, su Padre: “Perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).

Las implicaciones de la petición de perdón de Jesús para sus asesinos, porque no sabían lo que hacían, es desconcertante. Tendemos a enjuiciar nuestra propia intencionalidad y la de los demás tanto para hacer el “bien” como para hacer el

“mal”. Por eso, andamos sobrecargados de culpabilidad y temor. Pero ¿hasta qué punto somos responsables, dado el predominio de nuestro subconsciente? Las culturas y las sociedades establecen costumbres, normas, leyes y expectativas con la intención de trazar los límites de esa responsabilidad. Sin embargo, las fronteras entre la conciencia y el subconsciente son dinámicas, no fijas. No tengo respuesta para mi propia pregunta. Pero sospecho que, según Jesús, *la respuesta de la vida* es aprender a vivir con actitud de perdón y apertura para ser perdonado. No hablo de un perdón fundado en la ley, el miedo, ni la culpabilidad. Es un perdón cuya fuente es el amor incondicional, es un perdón que refresca y libera. Aunque esto sea aconsejable para el individuo, las familias y las agrupaciones voluntarias, me pregunto si sería factible para la sociedad en general. ¿Qué pasaría si el perdón no lo concedieran las autoridades, sino que fuera una característica fundamental de nuestras relaciones interpersonales y sociales? Un aspecto de la respuesta se detecta en otra herencia del siglo pasado, el gran movimiento de concientización.

La humanidad ha venido despertando las capacidades para explorar y descubrir sus propias potencialidades y para aprender a vivir con nuevos horizontes. Pienso que la evolución de nuestra mente nos está llevando a una nueva conciencia, no en el sentido moralista, sino a un despertar más amplio y comprensivo de nuestra responsabilidad frente a las oportunidades del mañana.

Me parece que la vivencia del perdón debe ser comunitaria. Estas comunidades se caracterizarán por el paso de una ética de la obediencia a otra de la corresponsabilidad. Me parece que la vivencia del perdón debe ser comunitaria, cuyo eje ya no sea la ética de la obediencia, sino la ética de la corresponsabilidad. Este estilo de vida requiere una nueva disciplina, donde la cooperación reemplaza a la competitividad y la violencia cede al escuchar el dolor del otro.

Nuestras mártires vivieron en solidaridad con los pobres y los sin poder. Tenían la sabiduría de escuchar el dolor del pueblo. Las trochas que abrieron son los comienzos de los caminos hacia una nueva etapa evolutiva de la comunidad humana. En la actualidad, nos enfrentamos al desafío de abrirnos para vivir con espíritu de sacramento desde el perdón. Nos toca evolucionar conscientemente en un nuevo espíritu y en una nueva forma de vida comunitaria.

3. Vivir con un espíritu de sacramento libera para la compasión

Vivir con un espíritu de sacramento nos libera para ser compasivos, más allá de los presupuestos, las programaciones y el mercado. ¿Dónde estamos en la actualidad respecto a la seguridad alimentaria de 852 millones de personas que se estima viven con hambre? Las estadísticas están un poco enredadas, pero los estudios concuerdan en que la producción alimentaria mundial es suficiente para que cada persona se alimente bien. A pesar del aumento demográfico, en la actualidad se produce un 17 por ciento más de calorías por persona que hace

tres décadas. También existe coincidencia de opiniones en cuanto a las causas del hambre: sistemas perjudiciales, donde el control militar, político y económico está en manos de una minoría que se enriquece a costa de mayorías empobrecidas. Últimamente se ha identificado el cambio climático como una amenaza creciente para la producción alimentaria.

La brecha entre Jesús, que da de comer a cinco mil hombres y sobran doce canastos de pan (Mc 6, 35-44), y la agroindustria, que comercializa los alimentos en el mundo, es grande. Según los estudios sobre el hambre, el problema no es tanto la producción, sino la distribución de los alimentos. Cabe recordar aquí la discusión de Jesús con sus discípulos:

Por la tarde, sus discípulos se le acercaron y le dijeron: “Ya es tarde, y este es un lugar solitario. Despide a la gente, para que vayan por los campos y las aldeas de alrededor y se compren algo de comer”. Pero Jesús les contestó: “Denles ustedes de comer”. Ellos respondieron: “¿Quieres que vayamos a comprar doscientos denarios de pan, para darles de comer?” (Mc 6, 35-37).

Estamos acostumbrados a vivir nuestra fe de una manera fragmentada y, a veces, también facturada. No nos permitimos compartir el pan de la mesa y el del mercado con la misma lógica, ni con el mismo espíritu. En el evangelio, casi todo lo referente a Jesús y la comida o el compartir la mesa es chocante o incomprendible, a veces para los discípulos y casi siempre para las autoridades religiosas. Jesús invita, acoge y comparte de una manera inclusiva.

Mateo, Marcos y Juan nos cuentan que un conflicto serio surgió en una cena, en Betania, antes de la pascua. El conflicto está relacionado con la amistad, una mujer, el dinero y los pobres. “Algunos de los presentes se enojaron, y se dijeron unos a otros: ‘¿Por qué se ha desperdiciado este perfume? Podía haberse vendido por más de trescientos denarios, para ayudar a los pobres’. Y criticaban a aquella mujer” (Mc 14, 4-5). La siguiente semana, Jesús invita a todos a cenar, incluso a Judas que, en algún momento, se autoexcluye de la cena.

No me he alejado del tema de vivir con un espíritu de sacramento. Sea donde sea y como sea, necesitamos tener las puertas abiertas y dispuestas mesas inclusivas, donde todos y todas podamos comer juntos. Ser invitado a la mesa y quedar excluido de la comida por los que convidan responde a la ética de la obediencia y de la dinámica del mercado.

¿Recuerdan que, también unos días antes de la última cena, Jesús y sus discípulos están sentados fuera del templo y ven a una viuda echar dos moneditas de cobre en los cofres de las ofrendas? El templo no se sostiene con las ofrendas de las viudas, pero sí se sostiene el espíritu del templo, o sea, la presencia de Dios entre el pueblo. Ciertamente, lo que representa la viuda es indispensable para la vivencia de nuestra fe. Se puede cuestionar si el templo mismo es necesario. Este mensaje es tan difícil para quienes somos responsables de instituciones eclesiás-

ticas. Entre la problemática del bolsillo y la compasión, nos hace falta mucha sabiduría pastoral. Vivir con un espíritu de sacramento como Iglesia, en solidaridad con los hambrientos y con un corazón compasivo, desafía a cualquiera.

Hay otro tema que Juan y Lucas sitúan dentro de la última cena, íntimamente relacionado con el de compartir la mesa, cómo ejercer la autoridad. Después de lavarles los pies, Jesús pregunta a sus discípulos:

¿Entienden ustedes lo que les he hecho? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado un ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho. Les aseguro que ningún criado es más que su amo y que ningún enviado es más que el que lo envía. Si entienden estas cosas y las ponen en práctica, serán dichosos (Jn 13, 12b-17).

Ahora escuchemos a Lucas:

Los discípulos tuvieron una discusión sobre cuál de ellos debía ser el más importante. Jesús les dijo: “Entre los paganos, los reyes gobiernan con tiranía a sus súbditos, y de los jefes se dice que son hombres que hacen el bien. Pero ustedes no deben ser así. Al contrario, el más importante entre ustedes tiene que hacerse como el más joven, y el que manda tiene que hacerse como el que sirve. Pues ¿quién es el más importante, el que se sienta a la mesa a comer o el que sirve? ¿Acaso no lo es el que se sienta a la mesa? En cambio yo estoy entre ustedes como el que sirve” (Lc 22, 24-27).

Debe ser fácil vivir con el espíritu de sacramento tal como Jesús nos enseña, porque vivimos en medio de sistemas económicos, políticos y culturales que ejercen su autoridad a partir de una ética de la obediencia y no desde una ética de servicio y corresponsabilidad. O sea, lo que Jesús propone con su ejemplo y con sus enseñanzas es una manera de relacionarnos y de tomar decisiones de acuerdo con unos valores que chocan abiertamente con el sistema imperante. Como Iglesia, me pregunto si nuestros presupuestos, planes y programas están al servicio del bien común. ¿Tomamos decisiones con humildad y compasión para que todos y todas estemos libres para compartir la mesa como hermanos y hermanas?

Los mártires, a quienes recordamos en este congreso, eran personas de corazón, personas compasivas, que se volvieron pan para el pueblo. Comamos, pues, de este pan.

4. Vivir con un espíritu de sacramento es vivir en abundancia

Vivir con un espíritu de sacramento nos lleva a la vida en abundancia, donde nos entregamos totalmente por el bien común. La total entrega de Jesús por el bien común conlleva una invitación para que hagamos lo mismo: “Hagan esto en memoria mía”.

El comportamiento de los apóstoles después de la cena muestra cuán difícil es comprender que Jesús no hablaba sencillamente de compartir pan y vino en una cena ritual, en memoria suya. Judas y Pedro, cada uno con su propia lógica e intereses, reaccionaron, pero, al parecer, los demás no captaron la intensidad del momento y mucho menos su significado. Cenaron, comieron del pan y bebieron de la copa y se durmieron. En cualquier caso, todos desaparecieron ante los militares. Jesús se quedó solo.

Dentro de cada una de nosotras existe un espacio de soledad, donde nos encontramos con el sentido de vivir y desde donde decidimos cómo vivir. Desde ese espacio brota la oración, que es el darse cuenta de que Dios sí está presente. En su oración, Jesús se da cuenta de que va a morir y toma la decisión de seguir adelante. Vivir con un espíritu eucarístico tiene como fundamento la misma totalidad de entrega por el bien común que vivió Jesús.

La totalidad de entrega de los y las mártires de El Salvador también conlleva una invitación a vivir entregándonos totalmente por el bien común. Entre el vivir de hoy y la memoria de ayer, Dios se hace presente. Su Espíritu se mueve libremente, actuando y animándonos a vivir con su Espíritu, y así, transformarnos en sacramentos del Dios presente. Juan, en su evangelio, nos dice: “Todos tienen que nacer de nuevo. El viento sopla por donde quiere. Aunque oyes su ruido no sabes ni de dónde viene ni a donde va. Así son también los que nacen del espíritu” (Jn 3, 8).

Es cierto, a veces no sabemos a dónde vamos. Cada uno de los mártires llevaba una lucha interna, en lo más profundo de su ser. Ciertamente, cada uno de los gestos de solidaridad con el dolor del pueblo tenía implicaciones y consecuencias políticas, económicas, sociales y religiosas. Repito lo que dije al principio sobre la fe. Dado que la fe no tiene verbo, *el verbo de la fe es nuestro vivir*. Desde este vivir, el morir se transforma en vida en abundancia. “Les aseguro que si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, sigue siendo un solo grano; pero si muere, da abundante cosecha” (Jn 12, 24).

5. Conclusión

Vivir con un espíritu de sacramento es comprometerse con lo desconocido dentro de lo conocido, es comprender los problemas y los conflictos individuales y sociales desde el perdón, es ser compasiva más allá de los presupuestos, las programaciones y el mercado, y, finalmente, *vivir con un espíritu de sacramento* nos lleva a la vida en abundancia, donde nos entregamos totalmente por el bien común.

Algunos de los mártires, dentro del gran don de sus vidas, nos han dejado palabras que nos inspiran y nos conmuevan hasta hoy día. Concluyo con las palabras que la Hna. Ita Ford, M.M., escribió a su sobrina en 1980. Siento que esta carta fue escrita también para ustedes, jóvenes de hoy.

Espero
Que tú llegues a encontrar en tu camino,
Algo que te revele el sentido profundo de vivir.
Una Visión que te anime a vivir con plenitud.
Quizás una Intuición tan valiosa
Que te lleve a dar la vida.
Un Sentido de Vivir que te llene de energía,
De entusiasmo,
Y que te permita seguir adelante.
Yo no te puedo indicar lo que es lo mejor para ti.
Es tu tarea
Encontrarlo
Escogerlo
Amarlo.
Yo solo te animo a iniciar tu Búsqueda
Y te apoyo en tu Exploración.